

abrirse a enormes e insospechados horizontes y posibilidades. Hoy día, la controversia ideológica ha quedado relativizada por otra división mucho más profunda: Norte y Sur, riqueza y pobreza, saciedad y hambre, inteligencia dinamizadora e ignorancia paralizante. Los cincuenta conmemorativos años de la Segunda Guerra Mundial, de la Era Atómica, del holocausto judío, de la grieta europea ya restañada, quedan ya como un despojo en formol, para que los especialistas los analicen y enriquezcan el futuro con las experiencias del pasado.

«*Er finstro*» de Velázquez

ESPAÑA lleva

demasiado tiempo caliente, demasiados meses, casi tres años perdiendo progresivamente la confianza al ir viendo caer los distintos mitos que se habían formado en los últimos quince años. El proyecto de una España justa, honrada, democrática, moderna... la modernidad de España, que tuvo su símbolo personalizado en Felipe González está teniendo un final trágico desde el punto de vista de la cultura política. El finiquito de esta época está siendo muy doloroso y demasiado prolongado. Este proceso degenerativo se está produciendo por sucesivas tensiones cada vez más fuertes durante el último trienio. Desde Filesa al GAL y pasando por Roldán, Rubio, Conde o De la Rosa, nuestra sociedad se ha visto sometida a un progresivo estiramiento como en un potro de tortura.

Esa tensión se ve mediatizada por el marco dramático producido por los medios de comunicación que realizan su labor exponiendo teatralmente los sucesos. La noticia no es información, es espectáculo. Esta estructura establece un clima de debate semejante a la tragedia shakespeariana. Quizás ese soporte dramático es el necesario para que el país realice la catarsis que necesita después de que los «santos» de la religión

civil de la nueva democracia (los nuevos millonarios y los jóvenes socialistas viejos en honradez y en otras mañas...) hayan resultado ser un timo.

Hace tiempo, en estas páginas, afirmamos que la actual frustración social reproduce el modelo aprendido en el desastre del 98. Pero se mezcla además con la confusión, la ambigüedad, el oscurantismo. Pese a la evidencia de la huida de Roldán o el encarcelamiento de Conde, De la Rosa, Rubio y la cúpula policial española, no hay todavía una declaración clara de culpabilidad. A pesar de todo continúan generando angustia social.

Esa energía negativa que la sociedad española va acumulando ha aumentado la presión de forma insostenible.

La legitimidad de un gobierno necesita el apoyo de una mayoría y un mínimo de aceptación por parte del resto del país. El Gobierno tiene ante sí una oposición civil demasiado encarnizada durante demasiado tiempo: carece del respeto mínimo de la oposición. Esta oposición y frustración van resultando insostenibles.

EN esto aparece Chiquito de la Calzada con su humor peculiar cuya clave es la deformación del lenguaje: «pecador!», «¿te das cuen?», «fínstro», «la metatérica» (refiriéndose a La Benemérita Guardia Civil), etc. El humor de los años ochenta en España ha rendido un culto hegemónico a lo irracional, deformando el lenguaje y los gestos como los payasos del circo. Lo absurdo, lo monstruoso es lo que hace reír: Martes y Trece o el mismo Chiquito de la Calzada. En España el humor televisado, o sea, el popular ha seguido la senda no de la crítica, sino de la perversión, de la deformación de la realidad. La subversión, es decir, el humor irónico (que en la prensa de la ciudadanía ilustrada ha sido de gran calidad), ha estado casi ausente en un país que no ha querido jugar con Felipe González y los «amos del universo» económico.

Este tipo de humor ha ejercido una función de opio, de abandono de la racionalidad en lo irracional, de huida. La popularización de Chiquito de la Calzada y la repetición

callejera de sus giros, es la respuesta de un país que está cansado y ha perdido en gran parte el sentido. Chiquito es la mejor réplica fallera a la cultura política de la que es portadora esa clase parlamentaria en que han venido confiando los ciudadanos los últimos quince años. Nombrado Chiquito hombre del año, es una puerta de liberación de la tensión social y televisiva: antes que apagar las televisiones, se da una salida para desfogar. Lo de España hoy es demasiado grave como para «andarse con chiquitas» y hay que recurrir a algo inocuo, «chiquito».

CHIQUITO de la Calzada es el paroxismo del desastre de 1993: una reencarnación de los monstruos de feria y enanos de corte pintados por Velázquez con su pincel ácido, crítico, político, capaz de expresar a un pueblo que habla de la corrupción de los gobernantes a través de la misma presencia de los bufones deformes. Chiquito: deforme, popular, barroco, absurdo, opiáceo. Su mismo éxito es una alarma que denuncia. Chiquito se merecería un cuadro de Velázquez retratando la corte oscura de hoy, un cuadro que se titularía «Er Finstro».

Madrid, «huelgódromo» nacional

ACASO el fenómeno no sea nuevo. Pero sí parece que su intensidad crece. Así, el madrileño ve con frecuencia interrumpido (cuando no imposibilitado) su cotidiano quehacer por **huelguistas** de toda España, que se **manifiestan** para hacer ostensible su protesta, para llamar la atención acerca de sus reivindicaciones.